



Referentes...

Johannes Vermeer, una mirada al interior

Por Drúa Espinosa

Como un silencio casi religioso, la obra de Johannes Vermeer nos muestra la verdadera contemplación de la vida que se da en el espacio entre la escena, el modelo, el lienzo y la mirada del pintor. La vida muchas veces nos pone en situaciones que hace adentrarnos en nuestros propios pensamientos para comprender la realidad que se vive. Algunos episodios generan una fuerte conmoción como los hechos actuales que ocurren en nuestro territorio y que de una u otra manera nos han sumergido al interior para reevaluar los valores fundamentales como la vida, la dignidad humana y precio de la libertad. Otros, un poco más tranquilos, como un atardecer, la mirada profunda de otra persona o el detalle de un oficio nos muestra el amor y sentires por lo que significa la vida humana.

Nacido en 1632 en la ciudad de Delft al norte de Europa, Vermeer es uno de los representantes más icónicos de la Edad de oro neerlandesa en los Países Bajos instaurados también dentro del barroco. Ello se nota en el detalle que el pintor recrea en sus lienzos evidenciando la mirada con la que los artistas del barroco dedicaban su oficio a la contemplación de las diversas formas, texturas, tonos y luces que se encuentran en una escena para llevarlo al cuadro en todo su esplendor. Y es ahí en donde el artista se mete en el interior del otro para encontrar allí aquello que es común a todo ser humano. *La Lechera* (1660) nos muestra la exquisitez con la que el pintor advierte el silencio de la criada mientras vacía su tinaja en la vasija para poner en la mesa; este gesto se convierte en una metacontemplación de la contemplación, siendo la introspección de la modelo lo que lleva al artista a su interior.

Es así como esa interioridad le permite al pintor tener una intimidad con su oficio (como la que se percibe en la anterior obra) e ir al detalle más ínfimo para llenar de misterio sus creaciones como el misterio que encierra el brillo de la joya que lleva *La joven de la perla* (1667), que se equipara al brillo de su mirada; haciendo que indudablemente nos hagamos la pregunta de ¿Qué es lo que ocultan esos ojos o qué pensamientos se le cruzan a la joven en su interior que inquieta a mirar así? Esto mismo se aprecia en su cuadro *Vista de Delft* (1661) en donde de una manera muy romántica el artista detalla cada rincón del paisaje que contempla y sitúa a sus personajes de espala recalcando que, en efecto, lo que

debe ser contemplado está al frente. De este modo, la vida se constituye en una vuelta indiscutible una y otra vez al interior, hacia sí mismos. La contemplación de la realidad se escatima en una búsqueda por esa estancia *ad intra* del espíritu que refleje el interior de aquellas cosas que hacen mella en nuestro ser. En este sentido, la obra de Vermeer se comprende como una mirada al interior del artista que deja ver los interiores habitados y descubiertos con la otredad que compartimos en la cotidianidad.



La Lechera. 1660. Óleo sobre lienzo. 96,5 x 115,7 cm. Mauritshuis, La Haya, Países bajos.



La joven de la perla. 1667. Óleo sobre lienzo. 44 x 39 cm. Mauritshuis, La Haya, Países bajos.



Vista de Delft. 1661. Óleo sobre lienzo. 98 x 1,18 cm. Mauritshuis, La Haya, Países bajos.